

III

Aquel domingo la casa estuvo de fiesta. Era el primero de los quince días que ya contaban de vivir en San Angel en que tenían un invitado.

Por la mañana, temprano, la musa abandonó el lecho en que el artista se desperezaba tratando en vano de retenerla. Vaporosa, esbelta, con la camisa de tersa seda que transparentaba las redondeces juveniles del cuerpo, cimbreante el talle, que bajo la tela adivinábase delgado y ligero; la blancura lechosa del pecho resaltando de los encajes del escote; seductora por las ojeras suavemente violadas que daban encantadora vaguedad á las pupilas, transformóse de amante en mujercita de hogar con la ductilidad propia de su carácter.

De nada le valieron á Mauricio las reclamaciones, los ruegos, las caricias, á fin de conseguir que se quedase en el gran lecho de nogal que se hallaba en mitad de la alcoba con la majestad de un trono. Placía á su espíritu de poeta permanecer en cama encogido bajo de las ropas á aquella hora. La luz, que ya irradiaba afuera, tamizábase por entre las cortinas de damasco azul. A un lado, la luna del tocador reflejaba la claridad dorada que descendía sobre las chucherías agrupadas sobre la cubierta, envolviéndolas, difuminándolas como en leve penumbra. El lavabo, á la izquierda, esperaba, límpido, las abluciones matinales. Y en verdad que Mauricio sentía horror al vislumbrar el líquido rebosante en la panzuda jarra de porcelana. Prefería estarse quietecito ahí, en el mismo hueco abierto en los colchones, charlando á medias palabras con Nita, haciéndola reír, jugueteando con las guedejas de su cabellera ex-

pandida por la frente soñadora y los entornados párpados que, al abrirse, dejaban escapar una dulce mirada de laxitud y de fatiga, tan laxa como la sonrisa que erraba, perezosa, por los labios acarminados. Tras del balcón escuchábanse los rumores del campo bañado de rocío y de sol, y allá en el estudio, por cuya puerta entreabierta columbrábase la silueta blanca de la Venus, la luz solar se escurría á chorros, convidando al trabajo. Pero Villaescusa, inmovilizado en la cama, examinaba los objetos que en torno había: la lámpara, colgada del centro del cielorraso; los cromos de colores fuertes clavados en las paredes por inquietas manos. Y el reloj daba las horas, imperturbable, á modo de caballero exactísimo; y las campanas de la parroquia tintineaban en el ambiente radioso, sin que los amantes diesen traza de ir á sorber aire y dejaran que en la habitación entrase «la gracia de Dios», que eran el fresco y la luz en el lenguaje importado por Moni de su alegre tierra.

Por nada del mundo quería Mauricio que tan sabrosa prolongación del sueño se interrumpiera; aunque, en realidad, aquella mañana sus protestas no tenían el vigor de otras veces.

—Nita, tú no eres artista de la voluptuosidad; tú no paladeas como yo el encanto de estos instantes impuestos, no por necesidades de la naturaleza, sino por refinamiento amoroso. ¡Lo dicho! Nita, tú no eres artista....

La muchacha, que se había refugiado tras del biombo del rincón próximo, respondía, á medida que iba cambiando sus ropas ajadas por otras blanquísimas:

—Si artista es sinónimo de holgazán, señor predicador de los demonios, no soy artista. Prefiero ser burguesa.

Y Mauricio, á la par que estas palabras, percibía el fru-fru blando de las telas que rozaban apenas la satinada piel; el crujir de los broches del corsé; el ruido de los choelos al calzar los menudos pies. Era hábito inveterado en ella el vestirse y desnudarse de ocultis, tras del japonés adminículo; hábito impuesto por invencible pudor, que alcanzaba en Nita manifestaciones de femenino encanto.

—Pero ¿por qué te escondes?—decía el poeta, echan-

do una visual hacia el rincón—. No parece sino que soy un desconocido indigno de verte...

—¡Hola, hola! Ese es otro precepto artístico, creo yo...

—¿Cuál?

—El de vestirse delante de los hombres.

—Delante de los hombres, no; pero de los amantes, sí.

—¡Claro! Si tú quisieras verme en cueros, como á la Venus.

—Naturalmente, pues reunirías entonces, al prestigio de la mujer, el de la estatua.

Estalló una risa. Nita, con los brazos desnudos, desnudo el cuello y el borde de la camisa cubriendo apenas las pantorrillas, ceñidas por negra media, salió de su escondite. Llenó el lavabo, y risueña, hundió el rostro en la linfa purísima. Burbujeaba el agua; el jabón esparecía sobre el cutis ampos de espuma. Cuando dejó la toalla, luego de secarse, su faz aparecía fresca, deseable, sonrosada. En un instante se peinó ante el espejo del armario, y momentos después insistía en que Mauricio se levantara.

¡Hijo! ¿Quería que Julio Eslava le encontrase en la cama? ¡Valiente dormilón, sí, dormilón, porque sólo á él se le ocurría estar diciendo inmoralidades artísticas, con los ojos cerrados... ó abiertos—que ella no lo sabía—, á las diez de la mañana, arropadito entre sábanas y edredones! No señor. A levantarse, á levantarse, que Dios no hizo la mañana para que uno no la viese, tan bonita como era.

Minutos después de esta charla, Villaescusa la oyó disputar con Moni, allá en el comedor, atareada, aseándolo todo para recibir al amigo.

No fueron en verdad, ociosas, las prevenciones de Nita, porque no habían terminado del todo el trafagueo ni los preparativos de la comida, cuando llegó Julio Eslava, á las doce. Mauricio recibióle en traje de casa, con el chaquetín de dril que solía usar para el trabajo, y luego de abrazarle le introdujo en el estudio. El amigo mostrábase dicharero, efusivo, jovial. ¡Hombre, si aquello era un hallazgo! Encontrarse una casita así, pintoresca, como de poema pastoral, donde al abrir la

ventana ó la puerta se tropezaba uno con un paisaje hermosísimo, sólo podía ocurrirle á enamorados. Luego que ahí se notaba, desde la escalera hasta los rincones, la mano de una mujer artista, un gusto singular para ponerlo todo en su sitio, una exquisitez de ornamentación casera. El corredor le seducía. ¡Ah! ¡qué delicia pasar ahí las siestas, entre trinar de canarios y susurros de hojas! El jardín no podía ser más precioso, con su aquel de reminiscencias arcaicas, sus muros ennegrecidos por la humedad, sus prados, en los cuales observábase un no sé qué de vejez, y su fuente ruinosa. ¡Y la verja! Cubierta de enredaderas, de ramas, de tallos, parecía ocultar á los ojos del viandante un nido de amores. Y nido de amores era el que dentro había; según iba advirtiendo. ¿Verdad?

—Sí; tienes razón—contestaba Villaescusa, ofreciéndole cigarros—. Nita no puede ser más buena. Estudía la manera de gustarme en todo instante; me ayuda en mis tareas con una finura, con una inteligencia imposibles de concebir en una muchacha encontrada, como quien dice, al azar... Ahora la verás. No ha salido, porque sin duda está arreglándose.

—¡La presumida! Como si yo no fuera de los íntimos. Chico, hallaste una mujer muy mujer, una joya. Para los tiempos que corren, gran hallazgo es: ahora, difícil me parece que abunden las muchachas que al espíritu de amas de casa reúnan una fragilidad, una delicadeza de muñecas... ¡Ay, Mauricio! O son demasiado muñecas ó demasiado matronas.

Hablaba, examinando detenidamente el recinto; lanzando exclamaciones á cada libro nuevo que veía; deshaciéndose en elogios al despacho, que para sí quisiera. Periodista de profesión, había emigrado de España á México, ávido de conocer nuevas tierras, de vislumbrar nuevos horizontes, guiado más bien por inquieto afán de sentires que por ambición de lucro. Tres años hacía que ocupaba un puesto en la redacción de *El Figaro*, y durante ese tiempo no dejó de charlar con sus lectores, ya en la crónica ligera, ya en la narración en que evocaba reminiscencias de la patria lejana...

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

Vol. 1625 MONTERREY, MEXICO

33430

Ahí mismo, en aquel cuarto de redacción frío, sin grandes lujos, con pupitres alineados junto á los balcones, fué donde Mauricio Villaescusa le había conocido un año antes. A raíz de la publicación de su primer libro, colección de cuentos que hasta entonces anduvieran desparramados en los periódicos, Eslava publicó un artículo sincero y entusiasta. Cuando los ojos de Villaescusa, acostumbrados al elogio seco con que saludaran sus primicias los críticos, ó al comentario mordaz de los exigentes, pasaron por aquella columna de prosa imponente, llena de intención, sintió gratitud inmensa hacia el que calzara tales conceptos, noble impulso que un desconocido dábales en su carrera; y nervioso, apresurado, hubo de estrechar la mano del periodista al día siguiente. Todavía recordaba la mirada de curiosidad con que escudriñó á aquel joven menudito, delgado, de largos cabellos alborotados sobre la frente, de nariz grande y ojos irónicos. No se borraba de su imaginación el interés con que Eslava también le viera; sus calurosas frases de elogio; sus palabras reveladoras de un afecto nacido en la lectura de la obra, afecto que él correspondió haciendo del cronista de *El Figaro* uno de sus mejores amigos. Con el transcurso de los días vinieron los encuentros en los teatros, las dilatadas conversaciones de arte en las calles solitarias, después de la representación; los paseos hechos en compañía, y por último, las visitas diarias, inacabables, en el cuarto de Eslava, en la calle de las Inditas, en la propia casa donde viviera la musa.

Escucharon rumor de faldas en la alfombra; abrióse la puerta del fondo, y Nita apareció. Venía vestida de blanco, vaporosa, con amplias mangas, por entre cuyos encajes asomaban los brazos. Reidora, se acercó á Eslava, estrechando su mano con efusión, con esa jovial franqueza que se inspiran las gentes que, acostumbradas á verse diariamente, se alejan por algún tiempo.

—¡Es un milagro verle por aquí! —decía sentándose á su lado—. ¡Palabra de honor que hubiera pedido al campanero de la parroquia que echara á vuelo las es-

quilas! Si esto de la llegada de usted á nuestra casa es todo un acontecimiento...

Julio Eslava sonreía, halagado en su amor propio de íntimo de la moza.

—Se lo aseguro; he salido de México por algunos días. Además, en nido de enamorados no es bueno meterse...

—Claro, si se tratase de un galanteador de oficio. Pero si usted es un solterón inofensivo, amante de la vida pacífica, tranquila, en medio de sus libros. Las mujeres le inspiramos miedo. ¡Figúrese si yo iba á comprometerme con un hombre así, tan burgués, teniendo á Mauricio al lado!

—Ni yo tampoco. Para una musa, un poeta. Este pícaro es un poeta, aunque prosa escriba, lo cual está muy bien. Yo... no paso de ser periodista, un pobre periodista que sueña, que imagina, que tontea con «la loca de la casa», y no gusta de devaneos pasionales...

Y pulla va, pulla viene, los dos sostuvieron conversación amenísima, escuchados regocijadamente por Villaescusa, hasta que Moni, peripuesta y enmoñada como nunca, anunció que la sopa aguardaba en la mesa.

¡Gran cosa era tener una mujer, sí señor, por más que en contra predicasen Schopenhauer y demás filósofos antifeministas! Y si no, ahí estaban para confirmarlo aquellos macarrones, que envidiarían los mismísimos napolitanos; aquel asado de carnero, que esparcía un olorillo capaz de abrirle el apetito al más desganado de los mortales; aquellos chiles jalapeños rellenos de sardinas que, aunque no estaban hechos para estómagos hispanos y él no comería por nada del mundo, suponía deliciosos al verles desaparecer en pedacitos entre los labios de Nita. Julio Eslava, á pesar de su filosofía antimatrimonial especialísima, sentíase á sus anchas en el comedor.

—Este es—exclamaba dirigiéndose á Villaescusa y abarcando con amplia mirada el cuarto—el estudio de tu mujer, como el otro es el tuyo. Allá se revela el artista; aquí la señora de casa. Yo creo que si en este mundo se exhibieran á los ojos de los pretendientes, en los comedores y compitiesen en buenas mesas, el santo estado

INSTITUTO DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

dn 1625 MONTERREY, MEXICO

alcanzaría mayor auge... Tú dirás que mis teorías son prosaicas y burguesotas, pero...

—Pero hombre de Dios—respondía Mauricio riendo á mandíbula batiente—, si el mayor encanto de mi chiquilla es no saber una miaja de cocina... Si todo lo hace Moni...

—Pues ahí tienes, ahí tienes la gran sabiduría: no saberlo y aparentar lo contrario; ignorar el procedimiento que se sigue para hacer una buena tortilla y rodearse de Monis que lo sepan... ¡Ahí, ahí tienes!

—¡Me asombras! Desde que hago vida matrimonial, cuanto elogio echas tan paladinamente por esa boca, va con ella.

—Cosas de solteros—replicaba Nita riendo.

—Vaya, buena la he hecho. ¡Conque yo me descuelgo con primores de adulación, y usted!... ¡Mal agradecida!

Dicidieron tomar el café en el corredor. El bochorno que reinaba era sofocante, y bien valía la pena de apurar el aromoso néctar al aire libre, respirando las brisas embalsamadas del jardín. El palique prosiguió, entre burlón y serio, mientras Mauricio estuvo presente. Mas al cabo de un rato, manifestó éste grandes deseos de dormir la siesta, costumbre de rico que era incapaz de suprimir.

—¿Vienes, Julio?

—No, gracias. Mejor me quedo. Nita y yo charlaremos de ciertos asuntos. Ve, hombre, ve á dormir el sueño de los justos, que no hay más fiel guardián de la persona amada que un buen amigo.

Mauricio desapareció por la puerta del estudio. Es-lava hubo de encender el consabido puro, y cruzando la derecha pierna, enredóse en íntimo diálogo con la chica.

El periodista interesábase grandemente por ella. Había sido, como quien dice, el padrino de aquellos amores, presidiendo con su amable sonrisa de amigo los pequeños aunque trascendentales sucesos que antecedieron á la unión. Por lo tanto, sus primeras frases encamináronse á enterarse de si la hija del violinista era dichosa, de si nada había cambiado en el curso de los

días. Susana adoptó entonces una actitud seria, que tan bien cuadraba á su fisonomía bohemia como la burlona de poco antes.

—¡Ay, Julio de mi alma! Usted no se imagina lo feliz que soy. Al principio de esta vida, yo sentía los escrúpulos de toda muchacha criada en cierta esfera de preocupaciones, desconocedora del mundo, ignorante del porvenir. ¡El pobre papá me educó tan sola, me enseñó tan poco de la vida!... Usted sabe mejor que nadie la existencia que llevé hasta la muerte de él; usted sabe también la posición falsísima en que me dejó. De consiguiente, las iras despertadas en el pequeño círculo que me rodeaba cuando quise á Mauricio y por amor dejé mi casa, bien vacía por cierto, eran injustas... He sufrido algo desde entonces, porque bien dicen que no hay alegría sin pena; pero ¿qué importan las penas si me quiere él?

Eslava asentía con leves movimientos de cabeza.

—Bien merecida está, Nita, su situación presente. Yo que he sido testigo de sus desventuras, vi lo que la esperaba, y me regocijé infinito cuando ustedes decidieron vivir juntos. Mauricio es un buen muchacho, algo nerviosillo, con su poquitín de vanidad y su mucho de pereza, pero bueno al cabo. Y usted, ¡oh! usted... Mal hice yo en no aprovecharme á tiempo.

Y reía, echando bocanadas de humo, mientras escuchaba á la moza. Nita deshacía en detalles sobre la vida actual, referíale las diminutas anécdotas de sus días, y comparando esto con lo otro, asociando el presente con el pasado, entremezclando recuerdos con hechos del momento, evocaba los meses que habían transcurrido ya, el prólogo de su idilio, que se desarrollase en la misma añosa morada donde Julio la conociera.

Había sido seis meses antes. Taciturna, resignada, seguía viviendo la vida cuya pauta se impusiera desde el fallecimiento de don Bernardo. Las amargas verdades que conoció de labios del fiel don Juan, junto á la tumba misma de su padre, robaron á su carácter el gra-cejo que le distinguía. En su rostro profundizáronse levemente las arrugas del entrecejo; sutil palidez en-

sombreció sus mejillas, y las pocas ilusiones que se forjara en su ánimo de desheredada, desaparecieron. En medio de su trabajo, más bien monótono que rudo, no tenía otro placer que el de dirigirse los domingos al cementerio.

Moni á veces procuraba arrancarla á sus meditaciones, dándola, generosa, algo de su regocijo sano, por más que no se libraba de caer en ocasiones en el mismo mar inmóvil de los recuerdos, trayendo á la memoria un esbozo de su Guadalajara tan lejana, de su madre muerta allá, y de su padre, desaparecido también en México. Ambas eran huérfanas; las dos estaban solas. Pero la criadita solía reaccionar de sus tristezas, al contrario de su ama, inclinada siempre al abatimiento.

Los domingos eran los días más amargos para Susana. Veía pasar, desde la puerta de su vidriera, á las señoritas que iban de paseo, por la acera, con menudo paso. Vistasas, adornadas con las mejores prendas, el sombrero de anchas plumas ó de listones luciendo sobre la gentil cabeza, precedían á sus papás, un señor respetable, de levita y chistera, y una dama de cabellos grises, ancha, gordísima.

Irían al teatro, á Chapultepec, á los pueblos de los alrededores... Ahí encontrarían al novio, un señorito muy prendido que las seguía á todas partes. Bien lo vislumbraba Nita al descubrir la sonrisa de sus labios, la viveza de sus andares y el resonar argentino de sus charlas. Y suspiraba, herida en sus anhelos, porque no obstante los años de reclusión en la casa paterna, experimentó ambiciones, ansia de vivir, deseo vehemente de gozar en la primavera de su vida. Antes, cuando era niña, el viejo don Bernardo satisfacía á su manera. ¡Pero qué distintos los años pasados á los presentes! Cierto que aquéllos no fueron envidiables; mas siquiera hallábanse iluminados por un cariño y les llenaba la tierna solicitud de su corazón amante.

Por impulso instintivo, gustaba del hogar, de los afectos. Y al buscar en derredor una familia, encontraba tan sólo el vacío. Don Bernardo no había tenido otra que su mujer y ella. Muerta para su alma de marido la

primera, sólo quedó Nita, con sus mofletes de niña mimada que pedían besos, con su lenguaje torpe que movía á risas; y ahora, desaparecido el violinista, la chiquitina de antaño volvía los ojos por todas partes, entristecida al contemplar el desierto yermo, indignada hasta el llanto al adivinarse desconocida de todos, extranjera en su patria, desterrada entre las cuatro paredes de un cuchitril modesto. Sus condiscípulas solían ir á visitarla de tarde en tarde, disipando así la monotonía de los días festivos. Don Juan del Monte y su cara mitad, á no ser por las mañanas, cuando la seguían al panteón, excusábanse. Nita aceptó pasear algunas veces con aquéllas ó con la buena señora; cierto día hasta se atrevió á salir acompañada de Moni, con su gracioso vestidillo negro. Sin embargo, lejos de experimentar júbilo al verse en la calle, percibía la sensación clarísima de estar sola.

Y por eso prefería recogerse en casa, mirando taciturna el desfile de la caravana dichosa, en tanto que el patio iba quedándose solitario y melancólico, pálidamente iluminado por los últimos fulgores de la tarde...

Venturosamente, presto vino á romper aquellos meses de hastío el sereno, el decidor, el simpático Eslava. Nita conocíale por haberle visto el día del entierro de su padre. La silueta de aquel periodista, que más parecía estudiante por lo modesto de sus atavíos, la simplicidad de sus costumbres y el ambiente bohemio que le rodeaba, no se le había olvidado. Recordábale serio, vestido de negro, sombrero en mano, llevando una corona tras del ataúd de papá. De entonces dató su mutuo conocimiento. A partir de los días lúgubres, la joven, al salir por las mañanas al trabajo, veíale en la puerta de su cuarto, con el pelo alborotado, á horcajadas sobre una silla, leyendo, sin dejar por eso de echar ojeadas al patio. Saludábanse los dos con una inclinación de cabeza. Nita descubría en el mirar del mancebo un poco de inclinación y un mucho de lástima; para Julio no pasaba tampoco inadvertido el brillo cariñoso de las pupilas de ella. Y los saludos breves, secos, fuéronse tornando más amables: al «buenos días» habitual, Eslava agregó

una palabra; después los encuentros no fueron tan rápidos. Nita acabó por detenerse junto á su puerta.

—¿Qué tal noche, señorita? Un poco aburrida, ¿verdad? Como las mías. Yo no hago otra cosa que leer, leer y leer...

—Sin embargo, ustedes, los hombres, por más aburridos que se sientan, no lo estarán tanto como nosotras...

Eslava informábala de teatros, de paseos; hacía con ello, á grandes trazos, la crónica del día; la prodigaba elogios por sus macetas—dos ó tres, que á la vera de la vivienda cultivaba Moni—; y hasta solía proponerse con tal cual floreo discreto que, aunque ruborizaba á la linda vecina, no por eso dejaba de producirla un resquemor semejante al que causa en el paladar la fruta apetitosa por lo agria. ¡Era tan escasamente ducha en estos lances la pobre chica!

Y la amistad fué creciendo, creciendo, hasta llegar á la propia casa de Nita. Julio Eslava no se conformó con saludarla al salir y en la calle, cuando una casualidad les hacía encontrarse: ofrecióla libros, que ella hubo de aceptar gustosa. Había leído y releído la exigua biblioteca de papá, y abrió con gusto las novelas españolas del amigo, en las cuales encontróse con páginas bellísimas que removieron en su espíritu aquel sedimento de gusto artístico que el buen don Bernardo descubriera antaño. Buena suma de noveladores iberos pasaron por sus manos. Del comentario hecho á solas ante el volumen, pasó á la charla impresionista con el dueño de éste; y el amigo Eslava, que se parecía por los paliques literarios y tenía el don de percibir las delicadas aristas de los juicios femeninos sobre éste, acabó por quedarse una tarde en la puerta de la solitaria casa, haciéndose lenguas de los príncipes que intelectualmente le enamoraban. Y á los siguientes, en cuanto oyó el vivo taconeo de la moza en el patio obscurecido por las sombras, siguióla, repitiéndose á continuación la misma escena.

Tanta finura del amigo Julio, y tanta no desmentida insistencia, así como el encanto que á las claras mostraba al charlar con ella, obligáronla á franquearle el

paso de la zafurda. Ahí, en la sala, cada cual en su sillón, sin otro testigo que la parlanchina Moni, estarían mejor. Entonces las lecturas fueron en común. El periodista leía sus artículos, soñaba en voz alta, trayendo á cuento sus ilusiones, sus esperanzas. Con el trato íntimo se conocieron y estimaron más. Eran dos solitarios y un mismo lazo les unía.

Las hablillas de vecindad, los chismorreos de las amigas y el semblante fosco de don Juan del Monte, hicieronla saber que su conducta era motivo de ajenas críticas; que en torno á ella la maledicencia zumbaba con rumor de abejas. Entonces pensó en el amor. ¿La amaría Julio? No, á ser franca; pues lejos de observar insinuaciones pasionales durante sus visitas, vislumbraba en el mozo un desinterés, una frialdad, una ironía respecto del amor tan grandes, que sólo la permitían ver en el periodista al amigo discreto. A ella, por su parte, no la sacudía el más leve estremecimiento. El amor habíalo conocido tan sólo en las novelas; pero á decir verdad, nunca hubo de experimentarlo hasta entonces.

Vino éste más tarde, y puso jirones de azul en el cielo gris de su vida. La primera vez que vio á Mauricio Villaescusa, fué un domingo, al tornar de Dolores. Iba el mozo del brazo de Julio, y cuando le fué presentado, en la acera invadida por la alegre turba, experimentó por él una atracción profunda. Por el periodista supo más tarde que su nuevo amigo era de regular posición; que vivía al lado de una hermana de su padre; que había abandonado los estudios al morir éste, y que empezaba entonces á hacer sus primeras armas en la prensa, luego de haber publicado un volumen de cuentos. Nita lo leyó. Sus simpatías echaron raíces al saborear aquellas narraciones fáciles, impregnadas de ingenua poesía. Reconocía como alma gemela de la suya la que viviera aquel libro. Y confirmóse en ello cuando tuvo ocasión de tratar á Villaescusa, el cual, como iba á diario á casa del ibero, no dejaba de saludarla, en unión de su benévolo crítico, siquiera una vez por semana.

No pasó inadvertida, por cierto, para Mauricio la

buena cara de Nita. Dióse perfecta cuenta de las distinciones que para con él tenía la muchacha; del calor de intimidad que lentamente adquiriesen las frases que ella le dirigía. Causa era de tanta perspicacia su conocimiento quizá precoz del mundo, pues pertenecía, como los de su generación, á la especie de mozos que á los veinticinco años lo han conocido todo y lo han visto; á los que desde la adolescencia van dejando un jirón de ideal en cada prostíbulo y un poco de juventud en los labios de cada cortesana.

Hijo del doctor don Fernando Villaescusa, disfrutó en vida de su padre de cuantas comodidades y lujo puede dar de sí una profesión con clientela. Débil, enfermizo, de un temperamento refinadamente nervioso, careció de las ternuras maternas, pues la autora de sus días habíale dejado muy pequeño. Educóse al lado de la tía Victorina, hermana mayor de su padre, que no teniendo mejor acomodo en su viudez, trasladóse á casa del galeno al desaparecer la esposa de éste.

Era doña Victorina una señora más que madura, de carácter áspero, ferviente devota y propagadora de las ideas religiosas, y negada á todo aquello que no oliera á misticismo. Al recibir en sus brazos al niño, propúsose con ardor hacer de él «un buen chico», dócil á los menores mandatos, creyente á machamartillo, y rebacio á las prácticas que de ella no procedieran. Su ideal en materia de educación constituíanle los seres pasivos, incapaces de cualquier impulso, hechos para la obediencia. En algún particular hubiese contrarrestado esta obra educadora de la tía el influjo paterno. Pero el médico no gustaba, ó carecía del tiempo necesario para meterse en tales pequeñeces; aparte de que doña Victorina jamás se halló dispuesta á tolerarlo, pues, como solía decir cada vez que venía á cuento, «ella estaba ahí para llevar las riendas de la casa, y no admitía entrometidos que discutieran sus órdenes domésticas». Y si alguna vez don Fernando atreviase á no entender tan francas despachaderas, ella las aclaraba gritando que «á Dios gracias, su difunto la había dejado un buen pasar, y con su capital la bastaba para hacer y desha-

cer, aquí y en tierra de moros». Razón por la cual el digno sucesor de Hipócrates prefería quedarse en su consultorio, estudiando cosas difíciles, ó largarse de juerga por las noches con los amigos, que tener una palabra de más con su respetabilísima y gordinflona hermana.

Los primeros años de Mauricio se desarrollaron en la iglesia y en las faldas de la santa señora. El incienso que en largas, en azulosas espirales de humo subía hasta las bóvedas, haciendo palidecer el brillo de los altares; los cantos litúrgicos del coro, seguidos de las melodías del órgano; la penumbra que en los atardeceres reinaba en los templos, cuando el último rayo de sol desvanecía en el cristal de los recios ventanales, enfermaron su alma de nostalgia. No dió curso nunca al júbilo infantil. Sentíale en el fondo, porque, al fin y al cabo, niño era. Mas ahí estaba la tía pronta á contenerle con una mirada de ira; ahí estaban también los piadosos varones que todas las tardes tomaban el chocolate en casa, dispuestos á soltar máximas de urbanidad.

Entró en un colegio de padres maristas al cumplir los ocho años. Llevóle su tía en el cupé, después de que papá le diera el beso de despedida; un beso cariñoso, pero rápido, muy rápido... El coche se deslizaba por la calle del Coliseo, deteniéndose á veces para dejar paso á algún enorme carro repartidor ó á los trenes que huían junto á las aceras con su preciosa carga de gente feliz, de gente libre, que asomaba la cabeza por las ventanillas. Sintió el niño que el corazón se le oprimía. Contemplaba el tráfico matinal, regocijado, incitante: señoras muy bonitas, vestidas de claro, calzadas de blanco, salían de los almacenes con sendos paquetes entre las manos, acompañadas de niñas muy lindas, muy rubias, que reían; en las pastelerías había montones de dulces buenos, nubes de juguetes suspendidas del cielorrasso; los papeleros, granujas desastrados, correteaban metiendo por los ojos á los transeuntes el periódico del día. Todos eran dichosos bajo el sol; todos eran dueños de su voluntad y de sus risas. Y los ojos de Mauricio se enturbiaron de lágrimas; y hubiera

llorado, á no ser porque encontrase la mirada de su tía fija en él, y aquellos labios delgados, enérgicos, que decían:

—Componte la corbata, hijo; súbete las medias. Vas á una casa respetable. Te llenará de satisfacción el tratar con aquellos virtuosos sacerdotes que han de enseñarte á ser hombre bueno.

El dolor de Mauricio creció en intensidad al transponer doña Victorina el umbral del recibidor. Cierta que su tía no le inspiraba más que temores; pero con ella se iba todo lo que era suyo: su casa, su padre, su cuarto de hijo único, su criado predilecto. Y él quedaba ahí, con su blusa marinera bordada de áncoras, con su pantalón abombado, con sus negros calcetines que apenas cubrían el arranque de las pantorrillas blancas, con su boina azul en la mano. El padre rector, un anciano alto, huesoso, afeitado, luego de acompañar á la devota señora, detúvose ante él, mirándole largamente, sonriendo.

—¿Estás contento, diablillo?—le preguntó alzando la carita mustia con los dedos de la diestra, en tanto que con la otra mano acariciaba sus cabellos rubios.

El chiquillo no pudo responder: un nudo le oprimía la garganta.

Empero no fueron sus años de reclusión tan negros como se los imaginara. El colegio era bonito, á pesar de sus ascéticas apariencias. Había un patio anchuroso, de paredes blancas, con cuatro ó cinco naranjos plantados en el centro; el comedor parecióle hermoso: nunca sus ojos vieron mesas tan largas y un ejército de rapaces que comiese con tal ruido de mandíbulas; los dormitorios, enormes, hallábanse alumbrados de noche por grandes lámparas que esparcían un claror suave... Y los niños, ¡oh!, cuántos excelentes discípulos encontró! Dichareros, burlones, traviesos como gorrioncillos, enseñáronle muchas cosas hasta entonces no vislumbradas. ¡Sabían tanto del mundo! Uno, pequeñito, de faz clorótica, de cabellos incoloros, contaba al grupo de íntimos las aventuras de su mamá. Mamá era una viuda muy *expedita*: la visitaban los ministros, los banqueros;

la recibía el arzobispo, y en casa nunca faltó el sombrero para la primogénita... Otros hablaban de papá. Papá tenía un montón de queridas, á cuál más guapa. ¡Y no fuera á creerse que ellos, tan modosos y circunspectos delante del padre rector, desconocían las grandes calaveradas! Ramírez, por ejemplo, le llevaba dulces á la costurera de su casa; Isunza jugaba á las escondidas con unas primitas muy lindas, y Ledesma, el grandullón de quinto año, era un plano viviente de la ciudad, en el cual estaban marcados con tinta roja los sitios de escándalo.

A este Ledesma por poco le echan del colegio. Habíase atrevido á retratar al padre rector en cueros vivos. Y lo peor era que le despojó en la caricatura de toda suerte de ropas, mas no de antiparras, cosa que, en opinión de Isunza, constituía lo genialmente cómico del asunto.

Mauricio hubo de prendarse de aquella existencia de colegial. Vea venir los domingos con azoro. Aquellos días monótonos, pasados al lado de la tía Victorina, encontrábalos insoportables. Aparte las horas de reprensión por su desaplicación, la cual aparecía patente en las boletas semanales, las restantes transcurrían en el rosario musitado en el comedor mismo, después de comer, por la terrible señora, y una que otra vez, cuando ésta se encontraba de buen humor, en un palco del teatro Hidalgo, único adonde tenía él acceso, en virtud de la moralidad de las piezas representadas.

¡Ay! ¡Y qué contenta pontase doña Victorina con cada dramón de aquellos! Sus predilectos eran *Lázaro ó el pastor de Florencia*, *Vida alegre y muerte triste*, *Flor de un día*, *Espinas de una flor* y otros muchos desacatos al buen sentido y al arte. Valía la pena de verla extasiada ante las parrafadas en que la víctima invocaba á Dios, á la corte celestial y al honor. Su mofetudo rostro coloreábase y palidecía cuando el ángel de inocencia inclinaba la humilde frente ante la fatalidad humana, y entusiasmábase hasta el escándalo, aplaudía frenética, no bien el personaje malo, traidor y vengativo, caía de rodillas ante la justicia divina, que por

mano de algún caballero desfacedor de entuertos dábale castigo.

Pero el pequeño aburríase: en su alma enferma no producían emociones gratas las puñaladas y juramentos de los héroes melodramáticos. Una infinita repugnancia le aprisionaba mirando á aquellos desarrapados que hacían de actores y cuyas vociferaciones escuchábanse desde el pórtico.

En alguna ocasión, tímido, bajos los ojos, pidió á la tía Victorina que cambiaran de teatro. La señora otorgóle una negativa seca. ¡Cómo! ¿Acaso le habían referido con detalles el espectáculo asaz inmoral y liviano que se contemplaba en las mejores salas de México? Pues no señor, no iría. Para ella, el drama era escuela de buenas costumbres, fuente de los más nobles y levantados sentimientos, tormento de villanos y gloria de inocentes. Que no la hablasen de los autores modernos, ni elogiaran en su presencia los insultos á la sociedad y á la devoción, que en tres actos se aplaudían. Ella se quedaba con los de su tiempo; á lo sumo, accedería á dejar ver á Mauricio una obra de Echegaray.

El pobre sobrino se hubiese rebelado si Ledesma, el grande, el prodigioso Ledesma, no acudiera en su auxilio. Gracias á la maña de su discípulo, que logró aparecer ante doña Victorina como un angelito de Dios, pisó los teatros de moda, conoció á las *divettas* francesas que privaban entonces; deleitose con la música de Offembach, y sintió los primeros estremecimientos sensuales ante la gracia picaresca de Ida, la lindísima Ida, que escotada, con las rosadas pantorrillas al aire, los ojos fulgurantes de malicia, cantaba deliciosamente una aria de *La jolie parfumeuse*. Mas no pararon ahí sus primeras hazañas: del brazo de su compañero, aunque tembloroso de emoción y rojo de vergüenza, hizo su primera visita al paraíso de los placeres tantas veces cantado en bellas imágenes por el parlanchín Ledesma. ¡Ay! lo que vió, lo que hizo, lo que dijo... Sólo de pensar que la tía Victorina lo supiera, le castañeteaban los dientes. Juró no tornar á las andadas, al enrojecer ante los inquisidores ojos. Pero al cabo de los días, esqui-

vando diestramente los escollos de la perspicacia beateril, hubo de sentar nuevamente en sus rodillas á la morena Luisa, que olía tan bien y poseía tan graciosa desenvoltura.

Peores fueron desde entonces sus notas del colegio. Cuando intentaba aprenderse de memoria las lecciones, veía á Luisa desnuda en las páginas del libro; cuando se distraía, durante las explicaciones orales, en lugar de la voz cascada del padre Benedicto, escuchaba la de su amiga, murmurándole picardías al oído, besándole en la nuca, envolviéndole en una caricia...

Le reprobaron una vez. Y peor lo hubiera pasado sin la indulgencia del padre rector que, «en consideración á que la señora doña Victorina experimentaría terrible desazón al ver al tarambana de su sobrino sumido eternamente en las aulas», le dió un *mediano* en los exámenes de fin de curso.

Catorce años contaba cuando por fin decidió tomar carrera. No eran muy firmes sus propósitos en este punto, pues además de que su cerebro repugnaba toda suerte de gimnasia científica, su natural enfermizo, su carácter débil y caprichoso inclinábale á la pereza y al recreo de la imaginación. Pero cediendo á los ruegos de su padre y á las imposiciones tempestuosas de doña Victorina, hubo de resolverse á estudiar la preparatoria, vislumbrando, al cabo de los larguísimos meses de estudio, la clínica, el anfiteatro y los gruesos volúmenes de ciencia médica, en confusa mezcla, como ideal de su vida y término de sus quebrantos. A duras penas logró vencer los obstáculos de los dos primeros años de estudios. Veíasele más en comercio con los libros de arte que con los de texto; en clase leía novelas y recitaba á sus compañeros versos de buena cepa castellana con una entonación, un sentimiento del asunto y un gusto tan marcados, que acusaban al adorador de las letras.

«Villaescusa es poeta.» Tal fué la frase que corrió de boca en boca. El chico, bautizado ya, comenzó entonces á revolotear por las redacciones de orden ínfimo, á escribir cuartetas, décimas y rondeles. Mas un día en que ensayó la prosa, sintióse prosista, y de ahí en ade-

lante llovieron cuentos, impresiones, paisajes, críticas, en un estilo desmañado, algo rudo, con sus toques poéticos ingenuamente amables, que prometía mucho para el porvenir.

Doña Victorina clamó al cielo en cuanto hubo de percatarse de las aficiones del sobrinito. Mas fué en vano. El doctor, escéptico, burlón, dejaba hacer á su hijo, afirmando con sonrisa bonachona que nunca debe torcerse el curso del río ni desviar el torrente. Y por más que la santa señora hizo, el mozo, lejos de someterse á sus deseos, siguió el desenvolvimiento de sus desmandadas pasiones, escribiendo artículos á porrillo. La única concesión que hiciera á su tía, era la de acompañarla á misa, rezar sus oraciones y poner los ojos en blanco cuando se hablaba de materia religiosa. Había adquirido ya la educación hipócrita de su tiempo, dándose golpes de pecho á los ojos de la familia y guardando á escondidas, en el armario, camisas de fina batista, listones ajados, ligas de desvanecido tinte azul... Pásabase los días entre las fatigas del estudio, las largas vigiliias en contacto con la belleza y los devaneos amorosos.

El señorito pensó que aquel vivir en pleno holgorio, dulcemente, tranquilamente, confiándolo todo al bolsillo paterno, no tendría fin. Mas la fatalidad hubo de darle un mentís doloroso.

Una mañana los criados encontraron muerto al doctor Villaescusa en su cuarto, con la sien atravesada por un tiro, el revólver sujeto aún por las crispadas manos y el pálido rostro encuadrado por la finísima barba negra, en la cual se veían ya algunas canas, bañado en sangre. No dejó escrita una sola línea que explicara su terrible determinación: había partido guardando el secreto entre los pliegues de su ironía bondadosa, tras del velo de aquella existencia suya, al parecer tan apacible.

Grande fué la baraúnda. A doña Victorina le dieron ataques nerviosos; los domésticos iban y venían aturdidos; serios, majestuosos dentro de su capa negra, los sacerdotes amigos visitaron la casa, prodigando dul-

ces consuelos á la virtuosa dama y musitando oraciones por la salvación del finado. La policía hizo las investigaciones precisas, hasta poner en claro, sin gran trabajo por cierto, que se trataba de un suicidio cuyas causas permanecían en el misterio.

Mauricio, entretanto, encerróse en un rincón de su alcoba, estúpido, idiotizado por el suceso, cuya magnitud brutal le inmovilizaba. Mientras que los demás ocupábanse del muerto y de la tía, él, incapaz de pensar, de rebuscar las causas de la catástrofe, echado de bruces sobre los colchones, murmuraba: «¡Muerto! ¡Muerto!...» Y ni un gemido, ni un sollozo rompía la tensión de sus nervios. Sólo hasta el día siguiente, cuando impulsado por un vago deseo de sonámbulo, vió los cuatro cirios á medio consumir, arrinconados; la cama vacía en mitad del cuarto; las hojas marchitas de las coronas y todos aquellos pequeños objetos que hacían revivir en su memoria al difunto: la mesa de noche, el estante repleto de libros, la roja lámpara, el lavabo; sólo hasta entonces lloró desesperadamente, rabiosamente, como si sus ojos, no pudiendo ya resistir al empuje del llanto amontonado en el pecho desde la víspera, le dieran paso... Recorrió la alcoba y el estudio, examinando con extraña curiosidad cada detalle, hurgando la más pequeña bagatela. Sobre la mesa de trabajo aun estaba la lámpara con la mecha carbonizada, y junto á ella, un libro abierto. Una polvareda de luz solar, colándose por el balcón, caía á torrentes sobre las páginas. Mauricio se aterrorizó ante el contraste de la vida y la muerte; experimentó frío glacial. Los ojos que mirasen aquel libro, ya no vivían; los labios que con leve soplo apagarán la lámpara, habían muerto... Y el sol continuaba ahí, impasible, bañándolo todo como siempre...

Meditó en el drama que encerrara la vida de su padre. ¿Por qué se había matado aquel hombre de genio tranquilo, de faz sonriente; aquel hombre que había aprendido tanto, que gozara de cuantas comodidades y placeres ofrece el mundo? ¿No bastaba, pues, ser feliz con la felicidad relativa que puede gozarse aquí abajo, para dejar que las horas y los días corran tran-

quilos hasta depositar el cuerpo exánime al borde de la fosa?

Mauricio escudriñó entre sus recuerdos los referentes á su padre. Trajo á su memoria frases cogidas al vuelo de las conversaciones que tenían el doctor y su amigo don Luis Zayas, el director de *El Siglo*. A lo más, aquellas palabras retenidas en la mente por el acaso, revelábanle amores fútiles; caídas de damas que en el médico encontraban al amante; correrías desenfrenadas por las mansiones de cortesanas caras; apuros de dinero que presto se veían satisfechos con creces. «¡Nada, nada!». Pensó que quizás el fastidio, el hastio, le hubiesen encaminado á la muerte. ¡Posible sería! Mas su padre nunca lo manifestó: era, por el contrario, alegre, decididor, burlón...

Salió de las habitaciones impregnadas del aroma de las flores marchitas y de la cera consumida más ignorante que nunca. Su voluntad, de por sí endeble, había sufrido rudo choque; su espíritu transformóse en un instante, pasando de la confianza en la vida á la amargura, al pesimismo. El, que alimentara esperanzas, ilusiones, vislumbraba ahora su camino á través del mundo, solitario, yermo, interminable. Ya no era inconsciente; pensaba mucho para ser dichoso: el suicidio paterno había menguado las energías del hombre animal, aumentando las del hombre sensible, las del poeta.

La muerte del doctor Villaescusa trajo consigo un cambio de fortuna para su familia, pues aunque la tía Victorina no carecía de dineros, «¡á Dios gracias, su difunto habíala dejado un buen pasar!», no iban sus inclinaciones por el lado de la holgura y el *confort*. Reprochó siempre á su hermano el gusto por el lujo, la buena casa, la buena mesa y el buen vestir; de su cuenta, á ella le bastaba una morada pobre y lo muy preciso para satisfacer las necesidades del estómago. Y queiras que no, en cuanto no hubo otra opinión que la suya, llevóse al sobrino á habitar una vivienda de la calle de San Lorenzo, vendió el coche, remató los muebles inútiles y despidió á los criados de que no había menester. Inflexible, austera, decidióse á empuñar las riendas de

la casa con la tiesura que se imponía después del fin asaz trágico del médico. Y fué entonces cuando Mauricio sufrió las torturas más intensas de su vida. Indiferente, atontado, entregóse sin protesta. Doña Victorina le manejó como á un maniquí. Vegetaba entre los libros de estudio, que le causaban tedio, y las iglesias silenciosas, dolorosamente tristes con su olor á incienso y el murmullo de plegarias que ascendía desde los labios de los penitentes arrodillados hasta las bóvedas.

¡Y no se rebeló! A pesar de sus diez y ocho años, hubo de bajar la cerviz. Era que un desdén por todo, infinito despego de las cosas le sumía como en una penumbra de la voluntad. Su natural, antes regocijado y ahora agrio y triste, aveníase muy bien con los días presentes.

Dos años después, Mauricio cayó enfermo de un mal nervioso complicadísimo. Los especialistas llamados para curarle, declararon que no podría seguir, al menos por el resto del año, sus cursos en la Escuela Preparatoria. Compadecíanse de aquel muchacho rubio, de grandes ojos verdes, que conservaba en su rostro el gesto de un niño clorótico. Desde su cama, inmóvil, callado, dejó transcurrir los días. Doña Victorina no se apartaba de él; las horas, monótonas, marcadas minuto á minuto por el tic tac del péndulo, pasaban lentamente. El enfermo no cesaba de escuchar homilías; la buena tía aprovechábase de su lastimoso estado para exaltar su amor por Dios y el apego fingido que hasta entonces manifestara por la santa religión. Adormecíase el espíritu del mozo, narcotizado por místicas sutilezas: su tía le hablaba del paraíso, de la ley divina, de los cantos seráficos que endulzan los oídos de los bienaventurados, y en el cerebro de él despertaban semejantes teorías de muerte un vago anhelo de vivir, de respirar aire puro, de gozar, de dormirse, como en otro tiempo, en los brazos perfumados de Luisa, acariciado por el mirar picaresco de la daífa, que le parecía más luminoso, más dulce que el de los santos varones que la excelente señora citara á cada instante. Cuando vino la convalecencia, gozó de un poco de libertad. Daba grandes pa-

seos en Chapultepec por las mañanas; á hurtadillas, leía sus libros favoritos; una vez, sorprendióse de haber trazado en una cuartilla dos ó tres renglones, el comienzo de un cuento. La vida le recobraba; sentía que por sus desmayados miembros corría savia nueva; su semblante pálido coloreábase; sus pupilas, soñadoras y tristes, tenían un brillo desconocido hasta entonces.

El amigo Ledesma, que solía ir á visitarle, invitóle á un pequeño viaje por tierras veracruzanas. A instancias del médico que le curaba, doña Victorina dió el permiso para que fuese. Ledesma reía á carcajadas; ya en el tren, acordándose de los regaños de la tía y comparándoles con la edad de su camarada. Y no fueron las brisas del mar, ni los salutíferos aires de aquellas regiones, ni el bien provisto botiquín que llevase, los que devolvieron la salud perdida al infortunado mancebo: fué, simple y sencillamente, la ausencia de su querida tía la que le curó.

—¡Chico!—exclamaba Ledesma, mirándole rejuvenecido, decidior, alegre—. ¡Chico, no me sorprendel ¡El demonio vive con esa vieja! No piensa en otra cosa que no sea religión, ni merecen en su concepto alabanza otras gentes que no sean los frailes que toman en tu casa el chocolate desde hace diez y pico de años... Te ha robado tu juventud, tu derecho á vivir, á ser dichoso. ¡Protesta! Lanza al diablo la carrera si no te gusta; dila en las propias narices tres verdades sobre su Dios, y escribe, hombre, escribe si eso te inclina, que no sólo hemos de ganarnos el pan fabricando mesas, ó recetas, ó protocolos... ¡Ningún dinero mejor ganado que el que produce el arte!

Los ardientes consejos de Ledesma y la experiencia bien lograda de una vida nueva al fulgor de la cual renacieran algunas de sus esperanzas y cobrase su carácter mayor temple, hicieronle forjar proyectos para el futuro. De regreso en México, hizo declaración formal á la tía de que renunciaba á sus estudios. Doña Victorina y sus amigos se horrorizaron al ver la firma de Mauricio Villaescusa gallardamente estampada en la primera plana de *El Siglo*. Publicó su primer libro, y por aque-

llos meses de reyertas domésticas, de inquieto vivir, fué cuando le sonrieron los ojos negros de Nita, y en compañía de Julio Eslava penetró en la dulce morada de la huérfana.

La conquista fué rápida. Solitarios los dos, en plena bancarrota de hogar y de afectos, una dulce simpatía hubo de aproximarles. Mauricio admiraba en Nita el genio amoroso, jovial, á ratos triste, pero siempre seductor; ella veía en él al hombre impetuoso, amante del ideal; ducho en amores, aunque no calavera; altivo, pero complaciente; apasionado, capaz de adorarla. Primero gestos y miradas, frases insinuantes después, hicieronles comprender que un cariño anidaba en sus almas. Y una noche en que Eslava faltó á la tertulia, quizá de intento ó impedido acaso por sus obligaciones periodísticas, una palabra cualquiera, salida de los labios del mozo, palabra que Nita pudo contestar, ruborosa como estaba, abrió el capítulo azul de aquella amistad.

Desarrollóse entonces un idilio casero, un pequeño idilio semejante á los que el cuentista describía en sus narraciones, mezclado con las mil nimiedades de la vida diaria, bien sazonado con largas veladas á la puerta de la vivienda, al despedirse el amigo; con interminables cartas de ella, en que la pobreza ortográfica se veía compensada con creces á fuerza de ternura. Pero ambos experimentaban grave desconcierto al percatarse de que relaciones tales no satisfacían el anhelo de sus almas ni les estrechaban como estrechar suelen las grandes pasiones. Nita estremeciase cuando por las noches, en la obscuridad del patio, el hálito tibio del novio esparcía sobre su rostro blanda caricia; temblaba al entregarse á él en prolongados besos que nunca lograron saciar el deseo inconfesado, pero latente. Su temperamento sensual rehuía los amores románticos; no se conformaba con las noches de luna, en que las frases de Villaescusa alcanzaban cierto brío poético; le sabían á poco las protestas de fidelidad eterna. Infinitamente más dulces y tiernos parecíanla aquellos instantes en que, poseída de voluptuoso cansancio, reclinaba la frente en los varoni-

les hombros. Entonces sí que su amor se tornaba intenso, incomparable.

Y fué una tarde, en el campo, después de la hora de inefable misterio del tramonto, cuando sus amoríos de mozos reclusos en un rincón viejo de la gran ciudad, bajo la protección de la cúpula, que les hablaba de siglos muertos, transformáronse en la pasión seria que encadena para siempre dos almas y dos vidas.

Hallábanse en las inmediaciones de Tlalpam, adonde Nita fuese invitada, por Mauricio, uno de tantos domingos. Una blusa azul, de raso, orlada de encajes, daba realce á las morbideces de su busto; la falda negra que la cubría delineaba los tesoros escondidos de su cuerpo; y con el sombrero de paja, cuyas alas inclinábanse graciosas sobre los mechoncitos rebeldes, tenía la infantil apariencia de una colegiala escapada. Se habían sentado á la vera del camino, en un montículo desde el cual dominaban el anchuroso valle. Ella sonreía, engolosinada con los requiebros. Y acercábanse más y más el uno al otro, como si el frío que empezara á sentirse reclamase el contacto de sus cuerpos. Sus pupilas, errantes por la escueta llanura que salpicaban de manchas negras los árboles, reflejaban una secreta tristeza; la tristeza del paisaje huraño de invierno; la melancolía de aquel atardecer tan mustio, tan desprovisto de pompas... Y Mauricio, entreviendo un dolor escondido en aquel silencio, preguntó:

—Dime, Nita: ¿no eres dichosa, no lo has sido antes?

—Ni yo lo sé.

Y sin quererlo, sin darse de ello cuenta, aproximáronse, identificáronse más todavía, merced á la confianza de amarguras pasadas. Ella le contó su breve historia; las rudezas impuestas en la lucha por el pan; la infinita soledad de sus días, cuando no estaba junto á él. Entretanto, moría la tarde; avanzaban las sombras lentamente; gasas de niebla surgían de los pantanos, y un tintineo imperceptible de campanario distante vibraba en el espacio.

En la inmensidad de la campiña, bajo el dombo en que comenzaran á parpadear las primeras estrellas con

brillo tenue, opacado por los últimos fulgores crepusculares, creíanse más unidos, más estrechamente enlazados. Eran los dos solitarios á quienes un capricho del destino junta en el sendero. Y no calló Villaescusa al oírlo. Antes por el contrario, hubo de desahogar su contristado ánimo en el piadoso de ella. Refirióla sus desdichas. El tampoco había tenido amores; en casa, los que no le infundieron miedo, tratáronle con despego. Por eso quizá, en sus noches de colegial, soñó con una hada amorosa. Era una hada blanca, de largas guedejas rubias, que se le aparecía en nimbos de luz; la misma que halló después, en sus largas comuniones con el arte; la misma que ahora encontraba en su Nita, en la musa que inspiraría libros futuros.

Habíase ella reclinado sobre el pecho del amante, como adormida. Sus párpados entreabríanse á ratos para verle, y tenían sus dedos crispaciones nerviosas al apretar las manos del artista. El aliento de Villaescusa rozaba sus mejillas, enardeciéndolas; sentía el hervor de la sangre, corriendo atropellada por las venas; sequedad inexplicable en los labios; y en la mente, el bailotear vertiginoso de las ideas que la sumía en un sopor semejante al de la embriaguez, cuando los vapores del vino comienzan á aligerar la pesadumbre de los pensamientos. Mauricio la besaba á ratos, clavando en ella la mirada de sus pupilas verdinegras. Y entonces la sacudió el mismo estremecimiento que la sorprendiese en sus ratos de abandono, allá en el patio de la casa. Vibrábanla los nervios, latía el corazón con presura, y la embriaguez del deseo acentuábase más, haciéndola experimentar un placer mezcla de miedo y de ansias de ser amada, devorada en una caricia de las que ella desconocía en su inocencia de virgen.

—Vámonos, Mauricio...—dijo trémula.

Y se entregó al amparo de la noche.

Los días siguientes á aquel dichoso, pasaron casi inadvertidos para los amantes. Ella, con las naturales reservas, recibíale en casa, sonrojándose cuando vislumbraba en la faz risueña de Julio indicios de que no le era desconocida la verdad. Y el idilio habría con-

tínuado tal y como hasta entonces, si imprevistas dificultades no se hubieran á ello opuesto. En su domicilio, Mauricio hallaba la vida insoportable. Doña Victorina, escandalizada de verle llegar por las mañanas, endeble y ojeroso, poníale mal gesto y le armaba reyertas, temblando de ira, furiosa por aquel ascendiente que perdiera sobre el sobrino, amenazándole con la condenación eterna y las hogueras de ultratumba si no entraba en reposo. Nita, por otra parte, íbase dando cuenta de que las magnanimidades del dueño del repertorio de música en el cual servía eran cada vez mayores. El señor de los Ríos mirábala con ojos voraces; retenía á menudo su manecita delicada, y no contento con duplicarla el suelo, decía: «No se apure usted, niña; cuando no pueda venir al trabajo, no venga, ¡qué caray! Aquí no somos fariseos para suponer que nuestros empleados no tienen obligaciones de hogar.» Una de tantas ocasiones sucedió lo que era naturalísimo que sucediese. El noble caballero la retuvo al cerrar el almacén, por la noche, so pretexto de enterarse de algunas entradas de la caja; y cuando se vió solo con ella, declaróse rotundamente, acompañando sus juramentos amorosos de hábiles escarceos manuales. La moza, indignada, dióle un bofetón en plena faz barbuda, y marchóse precipitadamente.

Aquella escena coincidió con otra decisiva en el sentir de Villaescusa.

Doña Victorina, que ya rastrea la presa de tiempo atrás, complacíase en ejercer las funciones de espía, rebuscando en los muebles del periodista cuanto pudiese confirmar sus temores, con beneplácito de los respetables sacerdotes sus amigos. Transcurrían las semanas sin que tuvieran éxito mayor sus pesquisas, en razón de que el joven siempre llevaba consigo las llaves anheladas, cuando, una vez, aquél las olvidó en el pantalón que se quitase. Decir el gozo intentísimo que produjo en el ánimo de la devota señora semejante casualidad, no era dable á Mauricio, con ser éste muy hábil zurcador de cuentos interesantes. Mas no había de serlo tampoco el imaginar la cara que pusiera la buena tía al tropezar

sus manos con unas ligas de color rosa, elásticas, bien olientes, que en un rincón del armario estaban; ni mucho menos figurarse el grito de azoro que lanzó cuando hubo de convencerse de que tales prendas no eran de meretriz callejera, sino de muchacha enamorada y bien correspondida, según rezaban los billetitos que presurosa leyese, en tanto que una ola de sangre invadía sus flácidas mejillas.

Villaescusa llegó á la hora del saqueo, presintiéndole, y topóse de manos á boca con la benemérita dama. Mas ni siquiera se recató ésta. Con las ligas en las manos y el puñado de cartas rugoso entre sus dedos, adelantóse hacia él diciéndole, con un retintín que recordaba al asombrado mozo el silbo de los áspides entre la hojarasca:

—¿De quién son estas porquerías, señor sobrino?

—Mías, señora.

—¿Y lo confiesa usted con tal descaro?

—En eso no hago más que imitarla...

—¡Cómo! ¿Se atreve á compararme con las léperas sus amigas?

—Me limito á decirle que no debe meterse en lo que nada le importa.

—¡Mauricio! ¿Sabes con quién hablas?

Y doña Victorina avanzó, clavando en él las pupilas, sañudo el rostro, como en los lejanos tiempos en que el pequeño Villaescusa temblase de miedo sólo de verla.

Pero el periodista no se inmutó. Sonriendo, veíala venir, con una miradita de desafío y de burla. La escena continuó borrascosísima. A los labios de la devota acudieron cuantos epítetos denigrantes encontrase á mano, á los cuales iban mezclados nombres de santos, citas del Evangelio y frases hechas aprendidas de los oradores sagrados más en boga. Hasta que Villaescusa, fastidiado, decidióse á poner el punto final á aquella desdichada parte de su existencia.

—Harto estoy, señora—dijo con acento claro y resuelto—, de aguantar sus impertinencias. No quiero ya sermones, ni beaterías, ni comedias dramáticas. Quiero la vida libre, el hogar...

—¡Ateo!—gritó interrumpiéndole.

—¡Y á mucha honra!—repuso él—. Y puesto que lo que me propongo no podría conseguirlo aquí, me voy...

—Sí; lárgate noramala, adonde yo no vuelva á verte ni oírte: á casa de esa...

La palabrota salió de sus labios, sonora, rotunda. Villaescusa perdió entonces la serenidad.

—Sí; allá me voy. Abur... ¡Ah! Le dejo esas ligas. De algo servirán al padre Atienza...

—¡Puerco!—rugió doña Victorina, arrojándole al rostro las prendas que aun conservaba entre las manos—. ¡Cochino! ¡Cochino!—siguió gritando, en tanto que se dejaba caer en una silla, convulsionada, lívida, presa de terrible ataque nervioso.

Villaescusa apenas tuvo tiempo de coger su sombrero. Escapó rápidamente por la puerta, á tiempo que en ella aparecía la robusta humanidad del sacerdote aludido, quien se echó atrás, dejando libre el paso al chico.

Nita había abandonado el empleo tres días antes. Don Juan del Monte, aunque un tanto retraído en sus relaciones con la joven, en razón de las hablillas que corrían acerca de la intimidad de ella con Eslava y Villaescusa, las cuales señalaban á éste como algo más que novio romántico, acudió á la casa de su difunto amigo y púsose á las órdenes de la huérfana. Nita le recibió agradecida, sin evitar por eso que una turbación invencible la hiciera presa delante de aquel viejo que nunca se atrevió á pronunciar palabra de reproche para sus acciones, limitándose á desaprobarlas con noble actitud fría.

«Hija—habíala dicho semanas antes—, tienes diez y nueve años cumplidos, y allá tú con tus proceres.»

La contrastada muchacha bizole presente que de nada carecía. Había cobrado quince días de sueldo atrasado. Podría pasarlo medianamente mientras encontraba acomodo. Dicho lo cual, el músico se retiró, reiterando una vez más sus ofrecimientos.

Sin embargo de la entereza de que Nita hiciera alarde

en presencia de don Juan, abrigaba serios temores y mostrábase no poco ensimismada y pensativa. Julio Eslava púsose en campaña á fin de buscarla empleo, con la especial recomendación de no confiar el secreto á Mauricio, cosa que al ibero no le pareció rara, pues su perspicacia había casi adivinado cuál era la situación de sus amigos. Pero á la señorita Iris érala imposible sustraerse á los gérmenes pesimistas que heredara de su padre; considerando bien difícil su estado, y viendo aún más negro el porvenir no bien se agotara el menguado sueldo y algo de los ahorrillos que esperaban adormidos en la caja de una casa de comercio. Disimulaba su congoja delante de Villaescusa, convencida de que la enamorada, para ser grata al hombre de sus pensamientos, debe aparecer siempre risueña, amenguando con su gracejo las asperezas materiales del vivir. Mauricio habíase habituado á sus besos, á sus risotadas, á sus travesuras de niña mimosa, mas no á sus deliquios ni á sus lágrimas; veíala, á través de su temperamento de artista, á modo de muñeca rubia que no posee otra ciencia que la de hacerse amar.

Por lo tanto, sorprendióse el poeta aquella noche al entrar en la casuca, después de la terrible escena con su señora tía, y encontrarla llorando en la sala, reclinada sobre el velador.

—¿Qué tienes, por qué lloras?—interrogó, cariñoso, yendo á abrazarla.

Recibía las caricias, pretendiendo, sin conseguirlo, disipar la huella de pena advertida en su semblante. No era nada, no... Niñerías, pequeñeces, nervios... Y lo afirmaba riendo ya, amable, con el ansia de esfumar las nieblas que enturbiaran la alegría del amante. Mas tanto insistió Mauricio, y tal maña hubo de desplegar, que al fin confesó Nita el secreto de sus padeceres.

—¡Pero, chiquilla, y no me lo habías contado!

—Tonto, ¿para qué?

—¡Cómo! Tengo mis derechos. Somos algo más que novios...

—Es verdad—murmuró, inclinando la frente.

—Mira que yo gastando, derrochando el dinero por

ahí, á la buena de Dios, y tú... ¡Oh, Nita, qué mal has hecho en no decirme!

Paseaba, enfadado, de un extremo á otro de la habitación, cuando se paró de súbito. Una idea consoladora le asaltaba en ese instante. Besó á la chica; palmoteó luego, poseído de singular regocijo. Ella le miraba, jubilosa también.

—Chiquilla de mi alma, ¡pero qué oportuno ha sido tu patrón al despedirte!—dijo, ignorante de las causas que motivaran la cesantía—. ¡Qué oportuno; pero sí, qué oportuno ha sido!...

La moza oíale con asombro.

—¿Sabes? No viviré ya con mi tía. Hoy ha ocurrido la escaramuza, ¡qué digo escaramuza! la batalla definitiva... No soporto más las garras de esa vieja...

Luego, observando la perplejidad de ella, repuso:

—¿No comprendes? Pues mira, es sencillísimo: tú no puedes vivir sola, porque esos demonios de empleos se ponen cada día peores; yo no me siento capaz de soportar por mucho tiempo la frialdad, el hielo de una casa de huéspedes, de un hogar que no es hogar... Entonces, ¿hay algo más conveniente que unirnos, que vivir juntos los dos?... Yo gano un poco; tú, con tu listeza y tu geniecillo adorable, lo distribuirás como mejor te parezca, y...

Se detuvo, interrumpido por un gesto de Nita.

—Pero, Mauricio, Mauricio, ¿no comprendes que tal cosa es imposible?

—No veo la razón...

—¡Qué dirían las gentes! ¿Con qué cara me iba yo á vivir contigo, no siendo tu esposa, ni tu hermana, ni nada?

—Vamos, que ya te vas haciendo hipócritona y quisquillosa! ¡Qué nos importan las gentes! Tú eres mía ya, de alma y de cuerpo; me perteneces; soy tu dueño por el amor; nos hemos unido por mutuo deseo. El matrimonio es una fórmula: ¿qué significa un artículo del código ó un fragmento de los evangelios, ante el amor libre, soberano, de dos muchachos que se encuentran en su camino y se dan el uno al otro sin reticencias,

sin tiquis-miquis sociales, impulsados solamente por sus instintos, obedientes á la ley de la Naturaleza, que les manda amar, amar mucho, para que el mundo perdure y sea grande y domine á la muerte y á los siglos?

Estaba magnífico, con la rubia melena alborotada, los ojos chispeantes, crispados los puños, como si amenazara á un enemigo lejano.

—¡Chico, me asustas con estas sublimidades!—exclamó Nita, echándole los brazos al cuello y escondiendo la carita alborozada en su pecho.

No discutieron mucho. Hembra criada lejos de ciertas preocupaciones, rompía los débiles lazos que á ellas la retenían en su comercio bien restringido con las personas de su clase. Abandonábase al poeta, confiada, sincera, como lo fuese en aquella nebulosa tarde de sus esponsales ante la Naturaleza aterida por el invierno. Iba á formar el nido soñado, el lugar bohemio que diese al traste con todas las patrañas corrientes. Iba hacia el amor sano y fecundo. A la luz de la lámpara, en el velador mismo donde cayeran las lágrimas de la mujer-cita, los dos hicieron cuentas y proyectos, cabalgando por los espacios del ensueño amoroso, en pleno ideal. A las nueve llegó Eslava, y ambos se confesaron á él, reconociéndose impotentes para encarcelar á la dicha en la estrecha mazmorra de sus personalidades. Querían un padrino, y el simpático ibero lo fué, bebiendo una copa de aquel jerez dorado, el vinillo inolvidable de su tierra, que Mauricio encargase previamente á la tienda de la esquina, por conducto de Moni, que reía también.

Continuó ella guardando el incógnito en aquel amoroso lance. Fué preciso que transcurriera todo Marzo, á fin de que Villaescusa arreglase lo necesario para la fundación del nuevo hogar. No le atraía la ciudad: perdido en sus soñaciones, anhelaba el campo, con su paz infinita. Y en largas correrías por los pueblos vecinos á México, logró encontrar una vivienda monísima en San Angel. Acto seguido, reclamó cuantos muebles y libros de la pertenencia de su padre conservaba la tía Victorina, que no sin gruñidos hubo de entregárselos; realizó

los inútiles: arsenales quirúrgicos, biblioteca científica, museo de mineralogía, y con el producto de tal venta, que no fué mezquino, amuebló la casa.

Indecible contento alborozó á Nita al penetrar en el idílico refugio. Palmoteó como una chiquilla, y hubiese llevado su regocijo al extremo de arrancar flores del jardín y arrojarlas á la rubia cara del amante, si la presencia asaz inoportuna del propietario, don Alejo Méndez, no se lo impidiera. A partir de entonces, su vida fué de oro, como el jerez del brindis. Villaescusa, entregado ciegamente á ella, no vivía más que para su amor y para el arte. Nita era la inspiradora, la buena musa que le alentaba en la lucha; la llanura que junto al balcón se extendía, el escenario inmenso de sus sueños.

Habían hecho el presupuesto. Los sueldos que Mauricio por sus trabajos periodísticos recibía, no alcanzaban por cierto el extremo de la abundancia; mas eran, sin embargo, bastantes á llenar los cotidianos menesteres. Vivienda, criada, alimentación y vestidos, no sumaban por junto arriba de cien duros mensuales; esto sin contar los réditos que Nita percibía de su capitalejo, depositado aún en la casa de comercio donde lo pusiera don Juan.

La única nube que tornara sombrío el cielo azul de sus amores, eran los recuerdos amargos que ella hacía de las gentes que en un tiempo la amaron, y desde su escapada hacia el campo volviéronla la espalda. ¡Dios mío! ¿Acaso era mala? Registraba su corazón, y lo encontraba limpio; preguntaba á su conciencia, y sólo obtenía favorables respuestas.

—Es que deseaban que usted se hubiese casado con Mauricio—decía Eslava sonriendo, encantado de oír de los frescos labios la evocación del amor.

Nita hizo un mohín delicioso.

—¡Casarme!... Es que no piensan que nosotras, las muchachas que vivimos solas y que somos pobres, difícilmente podemos aspirar al matrimonio... Que se casen las señoritas decentes que tienen padres y aguardan tranquilamente la aparición del prometido, ¡ay! tan re-

moto en estos tiempos. Las desdichadas como yo, ¿qué otro porvenir tenemos que matar nuestra salud en el taller, ó nuestra dignidad en el servicio doméstico, ó nuestra honra en la prostitución?...

Luego, soltando una carcajada argentina, que brotaba á borbotones por entre los dientecitos albos, concluyó:

—Pero hijo mío, ya creo que me estoy volviendo *oradora*... Esto de vivir con poetas...

Huyó, riendo, en dirección del estudio. El susurro de sus faldas y de su risa confundióse con el de las hojas y el de la fuente. Eslava reía también, satisfecho, chupando la colilla del tabaco, en tanto que sus miradas perdíanse en el jirón de azul, de un voluptuoso, de un lánguido azul, que recortaba el esbelto arco del corredor.

Al caer la tarde salieron de paseo por las calles del pueblo. Nita hubiera deseado que fuesen á «la otra banda», á la huerta que columbraban á lo lejos, en una larga pincelada de verdor. Pero Villaescusa no se sentía con ánimos de emprender la caminata, y Julio, por su parte, anunció que se marcharía en el tren de las siete. Ella por delante, sonrosado el rostro, los cabellos negros alborotados por la brisa, el gentil talle envuelto en las azúreas transparencias del rebozo de seda, y los dos artistas cogidos del brazo, charlando y riendo sobre cosas de arte, formaban un interesantísimo grupo, que los burgueses, desde sus ventanas, seguían atentos al pasar. En la semiluz del atardecer, las callejas empinadas de San Angel tenían poético encanto. Los muros renegridos de las casas, los mustios jardinillos, la fachada cenizosa del templo parroquial, reflejaban suavemente oleadas de sol. En el mercado, bajo el techado de cinc, al aire libre, los vendedores levantaban los puestos, con la pereza innata del indígena. Más allá, en una de las callejitas del jardín, un caballero entrado en años leía un periódico, mirado á veces por encima de los quevedos de oro.

Vagabundearon.

Nita enmudecía en ocasiones, como poseída por la